

los hechos, incurrimos en errores, que bien merecen el nombre de absurdos; por esta razón con frecuencia hombres, que son llamados sabios, enseñan la mentira como verdad y los errores como certezas, y es porque carecen sus razonamientos de la base sólida sobre la cual descansan al presente los conocimientos humanos: la experimentación.

Nuestros anhelos de vivir y nuestros anhelos de justicia nos ha llevado a buscar un lugar donde se cumplan estas dos aspiraciones.

Nuestro anhelo de vivir es temporal. En la juventud, cuando no vemos los desengaños escondidos detrás de lisonjeras esperanzas, cuando los seductores proyectos que fragua nuestra mente vigorosa los creemos realizables, no como efímeros sueños sino como realidades tangibles, entonces el anhelo de vivir se siente con verdadera intensidad, y si nos vemos al borde de la tumba exclamaremos: gran Dios, morir tan joven. Entonces queremos la eternidad, cuando creemos que la juventud es eterna; mas cuando los males nos agovian, cuando los dolores nos aquejan, originados por la len-

ta desorganización de nuestro cuerpo, entonces invocamos a la muerte como el supremo bien, como el fin seguro de todas nuestras penas.

Oh! El mayor de nuestros males sería vivir eternamente. El profundo dolor que produce saber que la vida no tiene término, lo tienes bien manifiesto en en el Judío errante que nos pinta Eugenio Sue.

Cuando todas las ilusiones se han desvanecido como espejismos engañosos, cuando las esperanzas floridas se truecan en horribles realidades, entonces nada hay mas hermoso que la muerte.

Nuestro anhelo de justicia nos hace buscar en la eternidad su realización. Cuando vemos al malvado poderoso, feliz y contento, y en estercolero inmundo, como a Job, al que abriga en su mente nobles y levantados sentimientos, buscamos en la supervivencia el castigo del primero y la justa recompensa del segundo. Pero ¿qué seguridad tenemos de que en la eternidad no sea tan venturosa la suerte del uno como desdichada la del otro? ¿Por qué aplazar la justicia cuando tenemos tanta ansia de ver-



la cumplida? El que no la quiere hacer al presente, si hay quien la haga, ¿por qué la deja para más tarde, cuando no podemos cerciorarnos de que se ha cumplido? Si la experiencia nos enseña que nuestras esperanzas son con frecuencia burladas, por qué esta única no ha de seguir la ley casi general?

La dicha y la desgracia, la virtud y el vicio, son efecto de la marcha regular y ordinaria del encadenamiento preciso que regula todos los fenómenos; nuestra misma voluntad es hija de influencias y acciones ejercidas en nosotros por agentes externos que a su vez obran de manera ineludible, para producir efectos que juzgamos contingentes, siendo necesarios. "Nosotros, dice Bordeau no contribuimos a adquirir los bienes o a evitar los males de la vida más que en una medida de actividad muy restringida de prudencia y de sabiduría. Todo lo demás depende de probabilidades cuyo ALEA pesa indistintamente sobre los buenos y sobre los malos, porque la razón no puede concebir ninguna relación fija entre las eventualidades del mundo físico y los

hechos del mundo moral. Una justicia superior no podría estar obligada a reparar en otra vida lo que esos accidentes tienen para nosotros de inmerecidos, porque sabría en mayor grado prevenirlos en esta."

Lo que llamamos deber es el resultado de fuerzas que obran en nosotros y determinan efectos, hijos de causas que no podemos modificar, así están sometidas a leyes tan fijas como las que rigen al fenómeno físico de la caída de un cuerpo que desciende libremente en el vacío o las químicas en virtud de las cuales, por ejemplo, se convinan dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno para formar el agua.

De conformidad con lo anteriormente expuesto se expresa así el Profesor Jacques Loeb: "Si nuestra existencia es el juego de las fuerzas ciegas y la obra de la casualidad, si nosotros mismos no somos más que máquinas, cómo puede haber para nosotros una moral? Son nuestros instintos los que forman la base de nuestra moral, y son hereditarios tanto como las particularidades morfológicas de nues-



tro cuerpo. Nosotros comemos y bebemos, y nos reproducimos, no porque los metafísicos hayan reconocido que esto es deseable, sino que, como autómatas, somos forzados a ello. Desarrollamos nuestra actividad porque somos incitados a ello mecánicamente por los procesos que tienen lugar en nuestro sistema nervioso, y si los hombres no son esclavos de las condiciones económicas, el instinto de EL ESFUERZO LOGRADO o del trabajo fecundo determinan las orientaciones de su actividad. La madre ama a su hijo y lo cuida, no porque los metafísicos hayan proclamado que esto es sublime, sino porque el instinto de los cuidados de la progenie está determinado probablemente por los dos cromosomas sexuales, de una manera tan ineludible como los caracteres morfológicos del cuerpo de la mujer. Amamos la sociedad de los hombres porque somos impelidos a ello por condiciones hereditarias. Luchamos por la justicia y la verdad y estamos pronto a sacrificar nuestras vidas por ellas, porque deseamos instintivamente ver a nuestros semejantes felices. Nuestra moral

la debemos únicamente a nuestros instintos que exactamente, como la forma de nuestro cuerpo, son determinados en nosotros química y hereditariamente."

Ya ves, Basilio, como la justicia distributiva, caso de que se pudiera practicar, no sería sino la más grande de las injusticias, tan íntimamente ligada con la inmortalidad del alma, que se le juzga como la base sobre la que descansa la moral, acerca de la cual ya has visto lo que dice el Profesor Jacques Loeb.

Se ha supuesto la inmortalidad del alma para satisfacer nuestro anhelo de justicia, cuya satisfacción vamos a buscar en la eternidad, aceptando la inverosimilitud de que allí sea satisfecha, sin otro motivo, que el no haberlo sido aquí, y sin más garantía que nuestro propio deseo.

Vamos, Basilio, a entrar en otro género de consideraciones, que nos pondrán de manifiesto la imposibilidad absoluta de que exista el alma, que no es otra cosa que una función del cerebro.

Nadie hay quien diga, que piensa con los



dedos del pie, ni con el vientre; todos a una dicen que piensan con la cabeza; nadie dice pienso con el alma.

Esta alma de que tan orgullosos nos sentimos, es solamente en grados, superior a la de los animales, en los cuales descubrirás semejantes facultades a las que nosotros poseemos.

Para el efecto de mostrarte esta semejanza voy a procurar señalarte algunas particularidades del cerebro de los animales en relación con el nuestro, y a estudiar el desarrollo de ambos, desde la infancia, para que veas que no hay mas que grados que separan el cerebro humano del de los animales.

El desenvolvimiento del cerebro es más lento que el de los otros órganos. Al nacer el niño carece por completo de ideas, la torpeza de sus sentidos se manifiesta en todos los movimientos, hasta que la repetición de las sensaciones no se las hacen sensibles, no comienza a ponerse en comunicación con el mundo exterior. Solo lo impresionan los fuertes ruidos; se percibe con claridad que no es muy sensible su retina a la acción de la luz. Si tubiera

alma esta sería más torpe que la de una gallina, pues esta se pone convenientemente en relación con los objetos exteriores. Un niño de pocos años es menos inteligente que cualquiera de los grandes antropoides catirinos, por consiguiente tiene una alma más rudimentaria.

El lento desarrollo del cerebro en el "hombre," es semejante al de los animales. Ambos cerebros tienen su infancia. Observa los juegos de los niños y el de los animales pequeñuelos: los cervatillos, los perritos, los gatos pequeños & y los niños, tienen juegos tan parecidos, que bien claro están diciendo que sus cerebros son semejantes.

Para que a todo lo anterior escrito no me hagas la objeción de que los animales no tienen alma, te voy a demostrar que tienen las tres potencias que dijimos antes son privativas del alma humana.

La memoria de los animales es tan perceptible, que casi no debía detenerme a probarte que la tienen. Los verás volver al mismo lugar donde el día anterior encontraron abundante alimentación; un caballo o un perro, por



ejemplo, no estravian el camino que una vez han recorrido, lo que prueba que recuerdan las particularidades que hacen que lo distinguan de otro. Darwin, para cerciorarse de la memoria de la hormiga, hizo una curiosa experiencia; separó varias hormigas de su hormiguero, y las volvió a él después de haberlas tenido algunos días separadas, e inmediatamente fueron reconocidas por sus compañeras; después separó otras, y habiéndolas tenido en una botella con asafétida, las devolvió a su hormiguero; al principio las desconocieron y las atacaron, pero después las trataron como compañeras. Separó hormigas de dos hormigueros distintos e hizo el cambio de las de un hormiguero a las de otro, y fueron rechazadas. No te parece que está perfectamente comprobado por estos hechos la memoria de las hormigas?

El entendimiento, o lo que es lo mismo la inteligencia, también es patente. Tu, como afecto a la caza, habrás visto como los *pigiges* colocan un vigilante, por lo regular en el árbol más alto, para que les anuncie la presencia del enemigo, mientras ellos, en las mil-

pas se hartan de maiz, con gran diagusto de los agricultóres. Nadie hay quien dude de la inteligencia de las aves, no siendo ellas, sin embargo, los animales de cerebro más desarrollado.

El conspicuo catalan Jaime Balmes, para conceptuar a los animales provistos de un algo que no es espíritu ni materia, cita el hecho de un perro, que siguiendo la pista a una pieza, llega al lugar en que se divide la via en tres, y oliendo la primera y la segunda, toma sin valerse del olfato, la tercera, lo cual no puede verificar sino en virtud de este racionio: no fué por la primera ni por la segunda, luego fué por la tercera. Así, ni más ni menos, como razonaría cualquiera de nosotros.

No es justo dejar solo a Balmes, católico apostólico y romano, en este asunto, y lo acompañaré con Agassiz, eminente naturalista, y tan creyente como aquel. Dice Agassiz: "Cualquiera que estudie al perro; podrá convencerse, que los impulsos a los cuales cede este animal, son análogos a los que mueven al hombre. Están regulados de modo que eviden-



cian las facultades psíquicas de igual naturaleza que las del hombre" ¿Cómo pueden tener facultades psíquicas los animales sin tener alma? Y ¿Cómo pueden ser de la naturaleza de las del hombre sino es el alma de la misma naturaleza? Ya te dije que este Agassiz es del mismo linaje filosófico que Balmes. Dicen que de los sabios es errar, y yo te digo que también es contradecirse.

Dice Luis Büchner, en su libro, "La Vida psíquica de los animales" que unas arañas, cansadas de ver que las fuertes ráfagas de viento les destruían sus bien tramadas telas, las sujetaron por la parte inferior, a unos ligeros pedacitos de madera, de modo que la ráfaga, no encontrando una firme resistencia, las levantara sin destruirlas, volviendo a ocupar su primitiva posición al cesar el viento. ¿Suponías, Basilio, que fueran las arañas tan inteligentes?

Para concluir esta serie de citas, las cerraré con una de Ingegneros, que tomo de su libro "La simulación" "Poseíamos un perrito, dice, muy inteligente, que recurría con frecuencia a la astucia. Enfermó, en cierta ocasión, y le

regalamos de golosinas; curado de su pasajera dolencia, dos meses más tarde, el astuto animal simuló estar enfermo y arrojose en un rincón de la estancia llorando enternecedoramente. Nadie sospechaba el motivo de su repentina enfermedad; el dulce fue comido sin darle participación alguna. Pocos momentos después el animal curó de su repentina dolencia, resignándose apresuradamente a lamer los platos prigosos de dulce."

No está demás que te cite de este joven y notable pensador, un párrafo conducente al asunto de que trata esta carta, Dice así "Puede encontrarse la filogenia de cualquiera función de los seres vivos; es decir, encontrar los diversos grados de su integración progresiva a través de cuantas especies la preceden en la evolución de la serie biológica. Las más complejas operaciones elaboradas en el cerebro humano, no son sino la cúspide del perfeccionamiento alcanzado por funciones progresivas desenvueltas en la serie animal. El alma de los metafísicos es un perfeccionamiento de funciones inherentes a la substancia viva: al proto-



plasma. La memoria, por ejemplo, encuéntrase en formas progresivas complicadas, desde el ameba hasta el hombre."

Si los animales, como queda probado, tienen las tres potencias, de que hablamos antes, de las cuales, por síntesis, se ha hecho el alma, ¿porqué negársela á ellos?

Pero no solamente tienen memoria, entendimiento y voluntad, sino que además en sus cerebros tienen circunvoluciones que son productoras de otros fenómenos psíquicos, semejantes a los que el cerebro del hombre produce.

Los animales son organizados de manera tan semejante al hombre, en su sistema nervioso, que pueden tener los mismos sentimientos y pasiones que abrigan los humanos. El amor lo sienten con intensidad, y machos y hembras se quieren con profundo cariño, se requiebran, se halagan y se acarician con verdaderas muestras de afecto, y sienten celos tan intensos, que dan lugar a mortíferos combates; aman a sus semejantes y se constituyen en sociedades protejiéndose mutuamente. Muchas veces habrás oído contar el hecho de que el

ganado vacuno, cuando es acometido por los tigres, forma un círculo en el centro del cual colocan a sus crías, aprestándose ellos para defenderlas en la circunferencia de este círculo. Dice Darwin (El origen del hombre) "Brehm encontró en Abisinia una gran manada de babuinos que atravesaba un valle; parte de ellos había remontado ya la montaña; los restantes estaban aún en la llanura. Estos últimos fueron atacados por los perros, pero los machos viejos se precipitaron inmediatamente a socorrer a sus compañeros, presentando a los perros un aspecto tan feroz, que estos huyeron. Se les azuzó de nuevo contra los monos, pero en el intervalo transcurrido todos los babuinos habían subido a la montaña, exceptuando uno que apenas tendría seis meses, y que, habiendo trepado sobre una roca aislada, estaba sitiado por dos perros y lanzaba lastimeros chillidos. Uno de los mayores machos, verdadero héroe, volvió a descender de la montaña, se encaminó lentamente donde estaba el otro, lo tranquilizó con su presencia y se lo llevó triunfante."

Todos conocemos la amistad que se profe-